

Cristo y la Cultura

10

**El Secularismo, la
Democracia, la
Libertad y el Poder**

EL SECULARISMO, LA DEMOCRACIA, LA LIBERTAD Y EL PODER

Las realidades empíricas de la cultura más amplia son enormemente diversas. Inevitablemente, los tipos de presiones que generan empujan a los cristianos, y a todos los demás, en muchas direcciones distintas. En el mundo occidental, estas diversas direcciones son, frecuentemente, respuestas a cuatro potentes fuerzas culturales: la seducción de la secularización, la mística de la democracia, la adoración de la libertad y el deseo de poder. Estas no son las únicas fuerzas culturales importantes, ya sea en Occidente o en cualquier otro lugar; ni siquiera insistiré en que son las más importantes. Pero la capacidad que tienen para dar forma a la cultura en muchas partes del mundo, y por supuesto en Occidente, nos da la oportunidad de comparar la conformación de la cultura por medio de fuerzas como esas con la conformación de la cultura producida por la fidelidad a la Biblia y a su línea argumental, que culmina con Jesucristo y su evangelio.

El atractivo de la secularización

Una parte del reto radica en la definición. En labios de muchos, no todos ellos secularistas, “secular” es una palabra que tiene connotaciones positivas. Trae a la mente la insistencia de Jesús en que César, así como Dios, debe recibir lo que le corresponde.

Nos obliga a recordar la teoría de Gelasio: hay dos espadas de poder legítimo. Incluso “secularización”, que normalmente se refiere al proceso, tiene en ocasiones un regusto positivo, pero “secularismo” suele entenderse como la realidad social que fomenta la consciencia no religiosa o incluso antirreligiosa.

Sin embargo, en la acepción más popular, las tres palabras (*“secular”, “secularización” y “secularismo”*) tienen que ver con la expulsión de lo religioso a la periferia de la vida. Más concretamente, la secularización es el proceso que elimina progresivamente del foro público la religión y la consigna al ámbito privado; el secularismo es la postura que respalda y fomenta ese proceso.

La religión puede ser muy importante para el individuo, y pocas personas seculares objetarán nada. Pero si la religión tiene alguna pretensión en lo tocante a la política en el foro público, se considera una amenaza, y además intolerante.

En realidad, las presiones sociales de la secularización son mucho más inclementes de lo que sugiere esta simple distinción entre la religión privada y la pública. Muchos consideran un indicio de debilidad conservar la fe cristiana incluso dentro de la vida privada. Si “Dios” tiene algún lugar, no está fuera de la consciencia humana.

La religión en general y el cristianismo en concreto pueden tener algún valor instrumental, pero no mucho; tal vez la religión tenga cierto valor mitológico como aquello que representa lo mejor y más noble del espíritu humano, pero dar un carácter material al mito supone depreciar al humanismo. Esta presión destaca sobre todo en nuestras universidades.

La fe cristiana no solo debe ser privada en el sentido de que no se permite tener una voz sobre la dirección, las prioridades, la teoría literaria, la ciencia o cualquier otra cosa, sino que también debe ser tan privada que se vuelva invisible: los cristianos se ponen nerviosos al hablar de su fe, de modo que se hacen inhábiles en el testimonio.

Cuando el secularismo se vuelve tan vehemente es, de facto, una religión: propugna impetuosamente su propio concepto del bien último, articula su propio sistema de creencias, establece su propio código ético.

La mística de la democracia

La mayoría de habitantes de Occidente diría, sin dudarlo, que la democracia es algo bueno. Innegablemente, el establecimiento de la democracia ha producido magníficas transformaciones. De los escombros de la Segunda Guerra Mundial, de los fracasados regímenes totalitarios de la Tierra del Sol Naciente y del Reich de los Mil Años, emergieron dos potentes democracias. La democracia siguió luego extendiéndose por toda la Europa occidental: Italia, Grecia, España. Obtuvo una notable victoria en Corea del Sur. Fue una de las grandes ideas que contribuyó al derrocamiento del Imperio Soviético, muchos de cuyos antiguos satélites están derivando, con distintas velocidades, hacia ideales menos totalitarios y más democráticos. Parte del ímpetu tras los conflictos militares actuales en Afganistán e Iraq es la esperanza de que las democracias bien fundadas en esos países no solo les permitan superar sus respectivas divisiones internas, sino que se conviertan también en imanes por todo Oriente Medio, atrayendo a otros países musulmanes hacia los beneficios del gobierno democrático, el libre mercado, las libertades relativas y un menor número de estallidos de agresión fanática. Por supuesto, nadie que se haya criado bajo una forma de gobierno democrática puede ignorar sus numerosas incoherencias, sus titubeos, ineficacias y corrupciones; nadie puede ignorar lo delgada que puede ser la línea entre la democracia y la demagogia. Aún así, uno tiene que ser extraordinariamente ignorante de la historia como para no simpatizar con la definición tan reiterada de Winston Churchill: la democracia es el peor de todos los sistemas políticos, con excepción de todos los sistemas políticos.

¿Qué pasa con esa democracia?
¿Cómo pensarán en ella los cristianos?

Hace algunos años, hablé con un pastor en Eslovaquia. Me dijo que cuando cayó el muro de Berlín, casi inmediatamente se introdujeron en su país nuevas libertades. Tan solo tres semanas más tarde, por primera vez en su vida vio como se vendía pornografía en las calles de Bratislava. Este no es un progreso que aplaudan los cristianos, pero tampoco es un sometimiento total de la prensa a manos del gobierno.

En resumen, la libertad trae consigo muchas cosas buenas, pero precisamente porque los seres humanos somos capaces de corromper cualquier sistema, también tiene, inevitablemente, el potencial de ir acompañada de muchas cosas nocivas. Los expertos nos dicen que los ingresos de la venta de pornografía en Norteamérica superan los ingresos de la venta del alcohol, las drogas ilegales y los cigarrillos...juntos.

Este tema es mucho más complicado que lo que sugiere la historia relacionada con el pastor eslovaco. El gobierno mayoritario significa que también hay una minoría. No hay ningún motivo concreto para pensar que la mayoría siempre (o ni siquiera a menudo) simpatizará con los ideales cristianos. Dado el veloz distanciamiento de la mayoría de países occidentales de su herencia judeocristiana, se acrecientan las polaridades entre las concepciones de la mayoría democrática y de la minoría cristiana (y, de igual manera y por supuesto, de otras minorías). En teoría, la democracia intenta proteger los derechos de las minorías; en realidad, este es un asunto muy peliagudo. En ocasiones, los legisladores y los jueces han estado tan preocupados por proteger a la minoría que han pasado por alto las ideas de la mayoría.

Pero cuando los paradigmas de la minoría están conformadas por compromisos religiosos, especialmente cristianos, durante algún tiempo el “muro divisorio” de Jefferson ha exigido la privatización de la religión, lo cual nos lleva de vuelta al reto de la secularización. Si los cristianos opinan sobre, digamos, el aborto, la homosexualidad o la investigación de células madre, se les acusa inevitablemente de meter el cristianismo en el foro público, donde no debe estar. Si opinan, como cristianos, sobre, pongamos, los sin techo, los pobres, el bienestar común y el consumismo, entonces ampliamente (aunque, a veces, con condescendencia) se les atribuye la condición de profetas. Aquí hay toda una batería de temas que tenemos que sondear con un poco más de profundidad. La naturaleza de la libertad se ha insertado en el argumento, y en la siguiente sección reflexionaré brevemente sobre este tema.

La relación entre Iglesia y Estado es claramente una cuestión más amplia que la apelación a la propia democracia, porque los cristianos han ofrecido versiones bastante diferentes de cual debería ser “la” concepción cristiana del Estado. Por el momento, baste subrayar el hecho de que incluso estas reflexiones preliminares demuestran que los cristianos no pueden considerar la democracia como “la cura” para los males del mundo.

Por muchas razones pragmáticas y morales, podemos aceptar que, con las estructuras y libertades necesarias, es la forma de gobierno menos exenta de responsabilidades para con el pueblo y la que menos probablemente embrutecerá a sus ciudadanos sin que al final tengan que dar cuentas. Se trata de una forma de gobierno que es muy probable que fomente las libertades personales, incluyendo, normalmente, las libertades de los cristianos para practicar y propagar su fe.

Pero también ha demostrado ser eficaz para desembarazarse de su sentido de obligación con el Dios Creador, y mucho menos con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es otra manera de decir que se le da bien fomentar la idolatría.

Sus libertades, tantas de las cuales son dignas de alabanza por motivos políticos, religiosos, personales y artísticos, incluyen la libertad de ser hedonistas, buscar una vida que gire en torno al entretenimiento, blindarnos contra la vida familiar responsable, la interacción comunitaria y el servicio altruista, entregados a la adoración inacabable de egos masivos, modas transitorias y el oropel de este mundo. No parece que hacerse tesoros en el cielo figure en el radar de muchos cristianos.

Los cristianos que tengan un dominio firme de la línea argumental de la Biblia desde la creación hasta la consumación de todas las cosas, aun cuando den las gracias por las libertades que ofrece la democracia, no pasarán por alto el hecho de que la democracia, dirigida por el pueblo (lo que podríamos llamar “el condominio del pueblo”) no puede competir en justicia con el condominio de Dios.

La historia ofrece muchos ejemplos de que no podemos contar con la democracia para hacer lo correcto; no hace falta ir más lejos que la Alemania de Weimar. Teniendo en cuenta lo que dice la Biblia sobre la responsabilidad moral tanto de personas como de naciones por un igual, en ocasiones podemos preguntarnos cuánto tiempo pasará hasta que Dios llame a dar cuentas a algunas de las grandes democracias de Occidente, como ha hecho mediante guerras y plagas en el pasado, como ha ocurrido con respecto a todas las civilizaciones del pasado.

Porque este sigue siendo el mundo de Dios, un mundo en el que la justicia exalta a una nación, mientras el pecado condena a cualquier pueblo ([Proverbios 14:34](#)). Aún cuando los cristianos están motivados por la propia Escritura a ser buenos ciudadanos, y también dentro de una democracia, su ciudadanía última, y por tanto su lealtad final, está en otro lugar ([Hebreos 13:14](#)).

Las tensiones entre Cristo y la cultura son inevitables porque también lo son las tensiones entre la democracia y la religión.

La adoración de la Libertad

A estas alturas, seguros te has dado cuenta que las cuatro palabras que componen este tema no son independientes, sino que están interrelacionadas. Ya hemos visto cómo el atractivo de la secularización está vinculado ineludiblemente a la mística de la democracia (especialmente, la occidental). La democracia también está indiscutiblemente vinculada con los conceptos de la libertad. Sin embargo, la libertad es mucho más que una categoría política.

Uno puede verse “libre” de las limitaciones del Estado, pero también pueden verse “libre” de tradiciones, libre de Dios, libre de la moral, libre de inhibiciones, libre de unos padres opresivos, libre de unos padres sabios, libre de tareas de diversos tipos, libre del pecado y mucho más. A los hombres les gusta pensar en sí mismos como habitantes de “la tierra de los libres”, de modo que están inclinados a asignar a la libertad el rango más elevado posible entre las virtudes. Un eslogan que leí en uno de mis últimos viajes decía lo expresa diciendo “Vive libre o muere”.

Cristo y la Cultura

Clase 10: El Secularismo, la Democracia, la Libertad y el Poder

Resulta complicado imaginar a cualquier Estado con el eslogan “Sé santo o muere”; de modo que, una vez más, sin deslegitimar ni por un momento las numerosas maneras en que los cristianos quieren disfrutar de la libertad, resulta fácil descubrir formas en las que la adoración de la libertad puede reemplazar en la realidad la adoración de Dios. En algunos puntos, Cristo y la cultura pueden compartir perspectivas comunes, pero no es difícil entender cómo es probable que choquen.

La tradición democrática en Occidente ha fomentado en gran medida liberarse de la Escritura, de Dios, de la tradición y de diversas limitaciones morales; induce a la libertad para hacer lo que uno quiera, para el hedonismo, el egocentrismo y el consumismo. Por el contrario, la Biblia fomenta liberarse del egoísmo, la idolatría, la codicia y todo pecado, y la libertad para vivir nuestras vidas como aquellos que llevan la imagen de Dios y que han sido transformados por su gracia, de tal modo que nuestra mayor alegría sea hacer su voluntad. Incluso si esa dirección (“la libertad para”) no se perfeccionará hasta la llegada de los nuevos cielos y la nueva tierra, el cristiano ya comienza a atisbar la gloria de las palabras *“Ciertamente os aseguro que todo el que peca es esclavo del pecado. Así que, si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres”*. La gran paradoja inherente en estos compromisos se desprende directamente de la línea argumental de la Biblia: esto quiere decir que nuestra mayor libertad radica en convertirnos en esclavos de Cristo.

La dureza de Dios es más amable que la blandura de los hombres, y su obligación es nuestra liberación. Esto produce una cultura que puede solaparse con uno o más de los conceptos de libertad en las culturas de nuestra era, pero sin duda es distinta de todas ellas y, en una medida sustancial, será incoherente o incluso repulsiva para la mayoría de ellas.

El ansia de poder

En las tres palabras anteriores hemos visto en qué sentidos los temas contenidos en ellas (la secularización, la democracia y la libertad, respectivamente) no se pueden etiquetar correctamente como “buenas” o “malas”. Pueden ser ambas cosas, dependiendo del contexto en el que funcionen; ciertamente, debido a los múltiples contextos, regularmente son ambas cosas. Lo mismo pasa con el poder. A pesar de la opinión de algunos deconstruccionistas y otros sentimentalistas, el ejercicio del poder no siempre es malo.

Dentro de la familia, la ausencia completa de disciplina, el vacío de poder absoluto, produce como resultado habitual unos hijos desorientados y anárquicos. Cuando la violencia estalla en las calles, cuando atracan un banco, cuando enloquecen las bandas bajo los efectos de las drogas, la mayoría nos alegramos bastante si la policía se presenta con fuerza e impone un poco de orden. Incluso internacionalmente hay que oponerse a algunos males con el uso de la fuerza.

Sin duda, la guerra nunca debería ser nada más que el último recurso (aunque a menudo lo es), pero a muchos de nosotros no nos gustaría sostener que estuvo moralmente mal detener a Hitler o poner fin al genocidio perpetrado en Serbia.

Ciertamente, cuando se cumplen las condiciones de la “guerra justa”, todos me-nos los pacifistas llegarán a la conclusión de que es un error moral no ir a la guerra, dado que revela una carencia de amor por el prójimo, la falta de disposición para sacrificarse en beneficio de los demás. Los periodistas a los que les encanta criticar a los que están “en el poder” ejercen, por supuesto y mediante esas críticas, su propia forma de poder.

Por mucho que en ocasiones nos disguste el modo en que se manifiesta el poder de los medios de comunicación, la mayoría de los que hemos pasado gran parte de nuestras vidas en países con libertad de prensa detestaríamos ver cómo se nos arrebatara esa libertad, porque la reducción del poder del cuarto Estado da como resultado, más tarde o más temprano, el poder irrestricto del propio Estado.

Aún así, es posible abusar de todas las formas del poder. Mientras que una dinámica familiar no es más que la expresión del poder crudo y de diversas reacciones ante él, el perjuicio potencial es incalculable. La policía, cuya misión es la de servir y proteger, puede corromperse y ejercer su poder para obtener beneficios personales, o simplemente porque el uso del poder se convierte en una conducta embriagadora. Hasta las “guerras justas” incluyen, invariablemente, incidentes o patrones, y no digamos ya decisiones individuales, que son moralmente inexcusables, generadas por un exceso de poder y una falta de conciencia.

Por necesarios que sean los medios de comunicación para preservar una sociedad relativamente libre, el ansia de poder (manifiesta mediante el dinero, la influencia, la publicidad, los trabajos prominentes) es tan intensa que frecuentemente impide que quienes tienen esos cargos perciban la naturaleza de su llamamiento y, por lo tanto, la importancia de la verdad y de la integridad. Por supuesto, los buenos y los malos motivos pueden caracterizar también a quienes ejercen el poder en el nombre de Cristo.

El ansia de ser “primeros”, de ser el Número Uno, no murió con Diótrefes (3 Juan 9). Habiendo rechazado la autoridad del papa, muchos pastores protestantes ejercen una autoridad casi papal en sus reinos mucho más limitados.

No hace falta estar mucho en el ministerio para observar que algunos ayudantes de los ministros de culto (da igual cómo los llame cada denominación particular) intentan sutilmente menoscabar a sus superiores, buscando maliciosamente hacerse con el poder, encubriendo la operación con la gasa del lenguaje piadoso y el barniz de la humildad. Sin embargo, tampoco es la respuesta imaginar que los ministros del evangelio no deberían tener ninguna autoridad, ningún poder: solo con que leamos las epístolas pastorales se nos recordará la autoridad de la propia Palabra, la autoridad de la persuasión moral, el poder inherente en el buen ejemplo, por no decir nada del poder del Espíritu que obra por medio del evangelio y de los creyentes. Además, no todo ministro del evangelio tiene ansia de poder en un sentido incorrecto.

El ejemplo de Cristo supone una limitación constante para quienes tienen una conciencia sensible: el Maestro fue el perfecto Siervo sufriente, pero también fue el que despejó el recinto del templo volcando las mesas de los cambistas de dinero y expulsando a sus animales a latigazos. Aunque sea de forma vacilante, intentamos descubrir cuándo es correcto padecer abusos y amar a quienes nos persiguen, como lo hizo el propio Maestro, y cuándo es pertinente limpiar el templo, como también lo hizo él.

Así, la propia naturaleza del mensaje del evangelio, al estar centrado como lo está en la contundencia de la cruz, tiene un efecto disuasorio sobre el ansia de poder, siempre que valoremos el evangelio por encima de todas las cosas. Incluso aquí no hacemos más que tocar los flecos de este asunto. El ansia de poder es tan sutil y absorbente que resulta inadecuado decir solamente “A veces el poder es bueno, a veces es malo”, por cierto que esto sea.

El hecho de que cada ejercicio del poder tiene como mínimo el potencial para corromper demuestra lo profundamente defectuosos que somos los seres humanos. El ansia de poder refleja muy a menudo nuestro deseo de controlar a otros. Incluso cuando pensamos que es para su bien (y a veces lo es, aunque no con tanta frecuencia como nos gustaría pensar), es muy difícil distinguir este deseo de controlar a las personas de la falta de amor al prójimo; es casi imposible separarlo de nuestro deseo de jugar a ser Dios, que supone una transgresión del primer mandamiento.

Por supuesto, también en este caso el atractivo del poder está vinculado de maneras sutiles con los otros cantos de sirena descritos en este tema: la libertad, la democracia y el secularismo.

(1) Cuanto más poder ejerzamos sobre otros, y menos sea el poder que ellos tienen sobre nosotros, más “libres” nos consideraremos. Bajo esta luz, aun el consumismo flagrante se puede entender como un subconjunto del ansia de poder: los juguetes brillantes nos hacen tan buenos como (o, preferiblemente, mejores que) nuestro prójimo; cuantas más cosas tenemos, más “libres” somos para ordenar nuestras vidas como queramos y manejar las vicisitudes que nos salgan al paso con independencia y con aplomo: mejor asistencia médica, otras vacaciones en el extranjero, grandes cantidades invertidas en psicoterapia. Si el consumismo no nos zancadillea, puede que lo haga su contrario. Y es que, curiosamente, incluso esa forma seductora de superioridad que imita a la humildad, de modo que nos descubrimos jactándonos de la negación de nosotros mismos y de nuestro ascetismo, sucumbe fácilmente al ansia de poder. Lo único que tenemos que hacer es ceder a nuestro deseo de enseñorearnos de otros, aunque sea de pensamiento.

(2) Ya hemos visto que la práctica de la democracia está muy vinculada con el equilibrio entre los poderes de distintas ramas del gobierno y de las instituciones extra gubernamentales, incluyendo los medios de comunicación. Christopher Lasch no se equivocaba cuando decía que, según el pensamiento popular en la generación contemporánea, la democracia está conectada con una sensación de esperanza que, a su vez, se fundamenta en conceptos de progreso, individualismo, secularismo y riqueza, factores vinculados con el poder.

(3) Hasta el punto en que el secularismo nos engaña para que pensemos que Dios está muerto o, lo que es igual de condenatorio, nos induce a pensar que Dios existe para bendecir nuestro modo de espiritualidad, diseñado personalmente y hecho a nuestra medida, mientras siga siendo convenientemente irrelevante para nuestra manera de vivir, ese secularismo potencia nuestro sentido del poder personal.

Estas realidades bíblicas conforman una cosmovisión que es claramente distinguible de las que nos rodean, incluso cuando presentan valores que se solapan con ella.

No podemos aceptar el secularismo ilimitado; la democracia no es Dios; “libertad” puede ser otro nombre para “rebelión”; el ansia de poder, por universal que sea, debe contemplarse con algo más que una pizca de sospecha. Esto significa que las comunidades cristianas que intentan vivir honestamente bajo la Palabra de Dios generan inevitablemente culturas que, por decir lo mínimo posible, serán contrarias a los valores de la cultura dominante o chocarán con ellos. Pero decir lo mínimo posible no basta.

Cristo y la Cultura

Clase 10: El Secularismo, la Democracia, la Libertad y el Poder

Los cristianos moldeados así por la Escritura imaginan una Iglesia que no solo contrarresta las culturas alternativas, sino que busca de manera sacrificada servir al bien de otros: la ciudad, la nación, la humanidad, sin olvidar a los pobres. La sal no se enfrenta, sino que realza. Los creyentes deben ser los mejores ciudadanos posibles (cp. [Jeremías 29:7](#); cp. también [1 Pedro 1:1](#); [Santiago 1:1](#)) y eso significa que los cristianos, que buscan su referente (y, por tanto, su cosmovisión) fuera de la cultura dominante, no solo crean y dan forma a una cultura reconociblemente distinta a aquella en la que están insertos, sino que también se comprometen profundamente a mejorar todo lo demás.